

Gestas y gestos: escrituras y edición de autores afrocolombianos a mediados del siglo xx



Feats and Gestures: Writings and
Publishing by Afro-Colombian
Authors in the Mid-20th Century

Gloria Johana Morales Osorio

University of Wisconsin-Madison, Estados Unidos

 <https://ror.org/01y2jtd41>

 <https://orcid.org/0000-0002-0217-9847>
gloriajmoralesosorio@gmail.com

Reconocimientos: Artículo derivado de la investigación “¿Qué dice un libro?: trayectorias editoriales y aparición de libros en cuatro autores chocoanos del siglo xx”. Parte de esta investigación fue posible gracias al premio del 25º aniversario de la Society for the History of Authorship, Reading, and Printing (SHARP, 2024). Grupo de investigación “Estudios comparados de artes”.

Cómo citar este artículo: Morales Osorio, G. J. (2026). Gestas y gestos: escrituras y edición de autores afrocolombianos a mediados del siglo xx. *Estudios de Literatura Colombiana* 58, pp. 13-36. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.361775>

Editoras: Paula Andrea Marín Colorado
Vanessa Zuleta Quintero

SECCIÓN ARBITRADA

Recibido: 06/09/2025
Aprobado: 28/10/2025
Publicado: 31/01/2026

Copyright: ©2026 *Estudios de Literatura Colombiana*. Derechos patrimoniales, Universidad de Antioquia, 2026. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](#).



Check for
updates



Gestas y gestos: escrituras y edición de autores afrocolombianos a mediados del siglo xx

Feats and Gestures: Writings and Publishing by Afro-Colombian Authors in the Mid-20th Century

Gloria Johana Morales Osorio, University of Wisconsin-Madison, Estados Unidos



Resumen:

A partir de los casos de los intelectuales chocoanos Arnoldo Palacios y Rogerio Velásquez, este artículo propone vectores iniciales de análisis para reconstruir la infraestructura cultural que experimentaron escritorxs negrxs y mulatxs a mediados del siglo xx en Colombia. Sugiere atender, por una parte, las gestas de autorxs y textos, es decir, los desplazamientos geográficos que realizaron para profesionalizarse y escribir, así como a los recorridos de tres de sus títulos publicados inicialmente entre 1940 y 1960: *Las memorias del odio* (1953), de Rogerio Velásquez, y *Las estrellas son negras* (1949) y *La selva y la lluvia* (1958), de Arnoldo Palacios. Por otra parte, invita a considerar los gestos o pistas efímeras que ofrece el archivo para reconstruir la historia editorial de la época y sugiere estudiar cómo los impresos y sus lectores se configuran como tropos literarios en estos y otros textos publicados por autorxs negrxs a mediados del siglo xx. El artículo propone, de manera exploratoria, criterios para analizar las condiciones de producción y circulación de impresos escritos por personas racializadas. Con ello, aporta a los estudios afrolatinoamericanos desde la historia del libro al destacar trayectorias autorales y editoriales que posibilitaron la publicación regional y transnacional de obras que ampliaron el repertorio literario colombiano, aunque han recibido poca atención.

Palabras clave: Arnoldo Palacios Mosquera; Rogerio Velásquez; escritores afrocolombianos; historia editorial afrocolombiana; literatura colombiana.

Abstract:

Drawing on the cases of the Chocoan intellectuals Arnoldo Palacios and Rogerio Velásquez, this article proposes initial analytical vectors for reconstructing the cultural infrastructure experienced by Black and mulatto writers in mid-twentieth-century Colombia. It suggests, on the one hand, attending to the *gestas*—or feats, that is, the geographical displacements these authors undertook in order to professionalize themselves and write—as well as to the trajectories of three of their titles first published between 1940 and 1960: *Las memorias del odio* (1953) by Rogerio Velásquez, and *Las estrellas son negras* (1949) and *La selva y la lluvia* (1958) by Arnoldo Palacios. On the other hand, it invites consideration of the *gestos*, or the fleeting gestures that the archive offers for reconstructing the publishing history of the period, and proposes examining how printed materials and their readers are configured as literary tropes in these and other works published by Black authors in mid-twentieth-century Colombia. The article, in an exploratory way, advances criteria for analyzing the conditions of production and circulation of printed materials written by racialized subjects. In doing so, it contributes to Afro-Latin American studies from the perspective of book history by highlighting authorial and editorial trajectories that enabled the regional and transnational publication of works that expanded the Colombian literary repertoire, even though they have received little attention.

Keywords: Arnoldo Palacios Mosquera; Rogerio Velásquez; Afro-Colombian authors; Afro-Colombian book history; Colombian literature

Irra detuvo los ojos en el hombre que estiró el brazo para recibir el diario: de modales rudos, empaque ignorantón, el hombre cruzó las piernas metidas en los viejos, emparchados pantalones de dril caqui, verdoso, descolorido [...] Recostándose en el espaldar del asiento, colocó la página que iba a leer, delante de sí [...] Irra se acercó al hombre lector, y miró el periódico por encima de su cabeza. [...] Clavó sus ojos febriles sobre la página, observándola de arriba abajo, de un lado a otro... ¡Qué gran periódico! Todo bien distribuido. Las ocho columnas, separadas por rectísimas líneas verticales; los títulos en letras bonitas. No tenía manchas la página, ni tiznes, como el periódico que sacaban allí, cada ocho días, con las líneas tronchadas, inclinadas; los renglones torcidos [...] Irra leyó algunos títulos... Artículos firmados por gentes de quienes se hablaba muchísimo, de las denominadas figuras consagradas... Debería ser noble la tarea de escribir... Y que a uno lo conocieran en todas partes... ¿Pero cuándo llegaría él a escribir en un periódico de esa magnitud?... [...] El hombre-lector leía más recio; leía con gusto, tartamudeando. Los demás ojos abiertos, orejas paradas, vueltos estatuas, el busto hacia adelante, permanecían entregados en cuerpo y alma a la lectura; atendían por los cabellos y por las uñas, por los poros, por la boca, por la nariz y por los ojos [...] (Palacios, 2010a, pp. 69-71).

Seleccioné este instante de *Las estrellas son negras* (1949) para iniciar este artículo por varios motivos. El primero es lo inusual de estas escenas en las que personas negras leen dentro de la producción cultural colombiana de los últimos tres siglos. Solemos verlas representadas en tareas distintas de las de la formación intelectual o la discusión política, pese a que han contribuido sostenidamente al pensamiento latinoamericano y a los movimientos sociales. En segundo lugar, resalto cómo Arnoldo Palacios construye literariamente a los sujetos negros en esta escena. Tenemos, por una parte, a este boga de “empaque ignorantón” que resulta ser *el* lector del recinto, un apasionado que transfiere ideas y emociones escritas en la capital a una audiencia formada políticamente y deseosa de esos insumos. A la vez, se presenta un cuerpo comunitario congelado y cautivo, hecho de oyentes masculinos embelesados con la lectura en voz alta que el boga ofrece. Estos lectores se alejan de la táctica habitual de invisibilización, que consiste, según Caicedo-Ortiz (2013), en “la despolitización de los sujetos negros en la narrativa histórica” (p. 44). En tercer lugar, destaco la

materialidad de la lectura, evidente en el contraste que el protagonista Irra establece entre la visualidad de los diarios semanales producidos en el Chocó¹ y aquellos impolutos de Bogotá. Finalmente, subrayo la valoración que hace Irra de la escritura como herramienta de subjetivación y construcción social. Todo ello invita a pensar una historia del libro y la edición que atienda a las estrategias y retos que han afrontado las poblaciones negras y mulatas en Colombia para producir y consumir conocimiento, y que, al mismo tiempo, considere tanto la materialidad como el contenido de los textos literarios.

Esa es mi apuesta en este artículo: explorar de manera introductoria lo que he llamado *gestos* y *gestas* en la escritura y la edición de dos autores afrocolombianos de mediados del siglo xx en nuestro país. Se suele decir, con razón, que la literatura escrita por personas negras en Colombia ha tenido un lugar marginal. Como lo indicaba Prescott (1996), “[no] se han realizado grandes esfuerzos por parte de entidades gubernamentales o privadas para estimular y dar a conocer no sólo la existencia de un significativo elemento africano en el país, sino también de su le-

La historia de lo impreso estará incompleta mientras no se reconstruyan los proyectos escriturales de las personas negras.

gado cultural” (p. 109). Sin embargo, noto que no se ha estudiado lo suficiente la infraestructura de ese restringido espacio y que, además de evidenciar su violencia epistémica, es necesario centrar ese margen y reconstruir las dinámicas que hicieron posibles los (pocos) textos que allí circularon. Específicamente, me concentro en los intelectuales chocoanos Rogerio Velázquez Murillo (Sipí, 1908-Quibdó, 1965) y Arnoldo Palacios Mosquera

(Cértegui, 1924-Bogotá, 2015), así como en sus obras *Las memorias del odio* (1953), de Velásquez, y *Las estrellas son negras* (1949) y *La selva y la lluvia* (1958), de Palacios. Concluyo con reflexiones generales sobre algunos vectores de análisis que permitirían a quienes estudian el libro profundizar en investigaciones en este sentido.

En mis investigaciones sobre autores negros colombianos como Juan José Nieto Gil y Candelario Obeso he notado un fenómeno llamativo: un gran salto entre una primera edición decimonónica y una edición estatal serializada —y usualmente gratuita— difundida en los siglos xx o xxi. Nieto Gil, único presidente afrodescendiente hasta la fecha, es autor de lo que parte de la crítica reconoce como la primera novela colombiana, y publicó *Ingermina o la hija de Calamar* en 1844 durante su exilio,

¹ Esta mención de los diarios evoca la presencia de *ABC* en el Chocó, al igual que su legado como un espacio regional de escritura, formación política e información. Fundado en Quibdó por Reinaldo Valencia Lozano y Guillermo Henry Cuesta, *ABC* comenzó en 1913 y fue central a mediados del siglo xx (Mena Abadía, 2016, p. 6; Salgado, 2020, p. 14).

a través de la imprenta de Rafael J. de Córdova en Kingston, Jamaica (Curcio Altamar, 1957). Sin embargo, solo hasta 2016 su obra se publicó nuevamente en la colección *Biblioteca Básica de Cultura Colombiana*, proyecto de la Biblioteca Nacional de Colombia.² A pesar de que Obeso es una figura ampliamente canonizada, su historia editorial no es muy diferente de la de Nieto. Su poemario *Cantos populares de mi tierra* (1877) se volvió a editar por completo hasta 1950, año en que el Ministerio de Educación incluyó este título en el catálogo de su *Biblioteca Popular de Cultura Colombiana* (1942-1952) (Prescott, 1985, p. 170; Ortiz Cassiani y Valdelamar Sarabia, 2010, pp. 11-14; Morales Osorio, 2024, pp. 201-210). En esas brechas temporales y en los rescates estatales reside una historia de borramiento editorial y mercantil, así como de patrimonialización por parte del Estado. Pero no siempre fue así: a veces, antes del rescate no hubo silencio, sino puro movimiento y acción, gestos y gestas.

Aunque me concentre en Velásquez y Palacios, este artículo forma parte de una investigación más amplia que busca rastrear la historia editorial de textos publicados entre 1940 y 1960 por autorxs³ como Jorge Artel (*Tambores en la noche*, 1940); Juan Clímaco Hernández (*Canción olvidada*, 1941); Daniel Valois Arce (*Departamento del Chocó*, 1945 y *Bolivia: realidad y destino*, 1955); Teresa Martínez de Varela (*Guerra y amor*, 1947); Rogerio Velásquez (“Autobiografía de un negro chocoano”, 1947 y *Las memorias del odio*, 1953); Gregorio Sánchez Gómez (*La bruja de las minas*, 1947 y *Magola: historia de una maestra*, 1958); José Morillo (*Muros invictos*, 1947); Eugenio Darío (*Mi hacha y tu cántaro*, 1948); Hugo Salazar Valdés (folleto *Sal y lluvia*, 1948; *Dimensión de la tierra*, 1952; y *Carbones en el alba*, 1951); Arnoldo Palacios Mosquera (*Las estrellas son negras*, 1949); Pedro Pablo Vargas Prins (*Crítica y prosas*, 1949); Lino Antonio Sevillano Quiñones (*Costa azul*, 1949 y *Evangelios de sangre*, 1957); Liborio Villa Cantillo (*Veinte años*, 1951); Miguel A. Caicedo Mena (*La palizada*, 1952); Carlos Arturo Truque (*Granizada y otros cuentos*, 1953 y *Vivan los compañeros*, 1954); Manuel Zapata Olivella (*He visto la noche*, 1953 y *Hotel de vagabundos*, 1955); Antonio María Zapata Vásquez (*Los doce trabajos de Hércules*, 1953 y *El enigma*, 1958); Helcias Martán Góngora (*Humano litoral*, 1954); Rafael Caneva Palomino (*Otras canoas bajan el río; novela*, 1957); y Marco Realpe Borja (*Un canto civil a Whitman y otros poemas*, 1959).⁴

² Nieto Gil fue prácticamente borrado de la historiografía literaria del siglo XIX y parte del XX. Solo hasta 2019 se editaron sus textos gracias al proyecto de la editorial Filomena Edita, que incluyó en su catálogo *Los moriscos* (1845) y *Rosina o la prisión del Castillo de Chagres* (1850-1852).

³ A lo largo del artículo alterno sustantivos o adjetivos neutros (*personas* o *sujetos*) con sustantivos o adjetivos no binarios (*autorxs* o *escritorxs*) como una práctica de inclusión de género. Cuando uso el masculino, me refiero explícitamente a autores identificados como hombres.

⁴ Para ubicar este corpus fue esencial el trabajo bibliográfico de Prescott (2016). Conservo la enumeración extensa de lxs autorxs como una manera de contrarrestar su constante borramiento.

Concuerdo con Aris Daniela Lozano (2025) en que “[e]l olvido no es un accidente, es un acto de poder” (párr. 11), cuando pensamos en cómo el sistema literario ha relegado a voces como la de Teresa Martínez de Varela a la sombra. Asumo que “la intelectualidad afrocolombiana es una tradición negada en Colombia” (Caicedo-Ortiz *et al.*, 2010, p. 12), mientras identifico la infraestructura cultural de dicha sombra y reconstruyo la agencia de escritorxs, editorxs e ilustradorxs para producir aquello que sí se publicó. Llamo *gestos* y *gestas* a las estrategias, intuiciones e intervenciones que autorxs y otros agentes del sistema editorial llevaron a cabo para movilizar textos de autorxs negrxs, y entiendo estas acciones en el marco de una infraestructura cultural. Tomo de Brian Larkin (2013) su definición de infraestructura:

Las infraestructuras son redes construidas que facilitan el flujo de bienes, personas o ideas y permiten su intercambio a través del espacio. En tanto formas físicas, configuran la naturaleza de una red, la velocidad y dirección de sus movimientos, sus temporalidades y su vulnerabilidad a las interrupciones. Constituyen la arquitectura de la circulación, proporcionando literalmente el soporte de las sociedades modernas, y generan el entorno ambiental de la vida cotidiana (p. 328).⁵

Pensar una historia del libro bajo esta definición permite capturar distintas materialidades y escalas que hacen posible la existencia de impresos y discursos —se puede argüir que observar con detalle un libro revela su infraestructura—. Entonces, reconstruir una infraestructura cultural de la edición en los años cincuenta implica, en el caso de lxs autorxs racializadxs, atender tanto a las grandes hazañas vitales para escribir (*gestas*) como a los movimientos y decisiones sutiles que se requieren para hacer que un libro exista (*gestos*) y, mientras lo hacemos, considerar los objetos y las redes que hicieron posibles tales productos. Este análisis de la infraestructura cultural busca contribuir a una historización más compleja de lo que Caicedo-Ortiz (2013) denomina “la tradición escrita del pensamiento afrocolombiano” o su “memoria impresa”, es decir, a la revisión de los discursos y textos que lxs

Concuerdo con Aris Daniela Lozano (2025) en que “[e]l olvido no es un accidente, es un acto de poder” (párr. 11), cuando pensamos en cómo el sistema literario ha relegado a voces como la de Teresa Martínez de Varela a la *sombra*.

⁵ Traducción propia.

intelectuales negrxs han desarrollado para pensarse, imaginar y nombrar su devenir desde su llegada —o la de sus ancestros— a esta zona de América (pp. 31-34).

Gestas: intelectuales viajeros de textos inquietos

Algunos sinónimos de *gesta* son *empresa*, *hazaña*, *proeza* o *aventura*. Para reconstruir la infraestructura cultural de los años cincuenta, podemos atender a los grandes esfuerzos de autorxs negrxs y mulatxs para formarse y desarrollar un pensamiento que luego se materializó en escrituras. De ahí que proponga una historia del libro afrocentrada que atienda a las gestas de autorxs y sus textos; en otras palabras, los dos primeros vectores de análisis para producir una historia del libro que considere a lxs autorxs de la diáspora africana pueden ser, por una parte, los desplazamientos geográficos de quienes escriben y, por otra, las trayectorias de sus títulos, es decir, los viajes de sus publicaciones.⁶

Consideremos, primero, los viajes de lxs autorxs. Con este vector invito a pensar en preguntas como: ¿dónde nació quien escribe?, ¿se movió de lugar a lo largo de su vida?, ¿qué condiciones editoriales existían en su lugar de origen?, ¿a qué sitios se desplazó y en qué circunstancias?, ¿en qué redes participó durante el trayecto y al llegar?, ¿se intersecta su trayectoria con las grandes migraciones internas producto de la violencia bipartidista en el país? Candelario Obeso ofrece una pista de esta gesta en su poema dramático *Lucha de la vida* (1882):

El turbio Magdalena y majestuoso
al impulso impetuoso
de rápido vapor subí afligido,
Viva la imagen del hogar ausente
[...]
Lo mismo sucedióme cuando ufano,
mi bordón en la mano,
veloz la planta a Bogotá moviendo
crucé descalzo el desigual camino
que... me trazó el destino,
y ya por siempre repasar pretendo (Obeso, 1950, pp. 86-87).

⁶ Ya en 1996 Prescott apuntaba al uso de la palabra *lucha* —o de sintagmas similares— en los títulos o contenidos de textos escritos por autores negros o mulatos, al referirse a las dificultades económicas, políticas y raciales de publicar en Colombia (p. 116).

Obeso construye el personaje de Gabriel, un poeta negro que llega a Bogotá y encarna tanto un ímpetu de futuro —simbolizado en la fuerza del río— como la vulnerabilidad de su llegada *descalza* al terreno desigual de la capital. El desplazamiento hacia centros de poder es un tropo en la biografía de escritorxs afrolatinoamericanxs desde el siglo xix, pues estas capitales —cristalizaciones de la ciudad letrada— condensan oportunidades de formación, profesionalización e interlocución modernizante (Rama, 1998, p. 115), pese al profundo racismo que las articula. En autores como Palacios o Velásquez el desplazamiento seguía siendo una pregunta vigente, especialmente en un país donde el naciente capitalismo editorial se concentraba en Bogotá.

A su vez, desde los años veinte, se consolidaban discursos que veían en la educación un derecho colectivo y una vía de movilidad social, impulsados por la República Liberal (Silva, 2005, p. 30; Muñoz-Rojas, 2022, p. 25). En los treinta surgió un grupo fortalecido de intelectuales negrxs y mulatxs que encontraron en la formación un derrotero vital marcado por el desplazamiento geográfico. En su revisión de la educación en el Departamento de Bolívar y la Intendencia del Chocó, Flórez Bolívar (2023) identifica dos movimientos simultáneos: por una parte, intelectuales negrxs defendían y gestionaban el fortalecimiento de la infraestructura educativa en su región; por otra, muchxs se formaban en ciudades distintas de aquellas donde nacieron —como Medellín, Cartagena o Bogotá— ante la ausencia de educación superior local (pp. 133-173). Como contexto, importa recordar que solo hasta 1947 el Chocó fue elevado de intendencia a departamento, lo que implicó una mayor atención del gobierno central en políticas públicas y recursos económicos.

Rogelio Velásquez Murillo, nacido en Sipí (1908), fue docente, investigador, político e historiador, reconocido como el primer etnólogo-antrópologo negro del país. Investigó sobre historia del Chocó, la medicina tradicional, los ritos funerarios y las narraciones populares (Rivas Lara, 2022, p. 51). Fue un intelectual viajero: cursó estudios primarios en Istmina y Condoto, secundarios entre Quibdó y Bogotá, vivió en Tunja cuando fue institutor en la Normal Superior, y en Popayán, donde ejerció como etnólogo (Valderrama Rentería, 2016, p. 217).

Asimismo, Arnoldo Palacios constituye un ejemplo de movilidad geográfica —esta vez de alcance internacional—; de ahí que su autobiografía *Buscando mi madredediós* (2009) se estructure por oscilaciones espaciales: “Cértogui”, “Ibordó”, “De vuelta a Cértogui” y “De vuelta a Ibordó”. Nacido en Cértogui en 1924, viajó a Quibdó para continuar sus estudios en el Colegio Carrasquilla; llegó a Bogotá para estudiar en el Externado Nacional Camilo Torres y viajó varias veces al Chocó y a Cartagena. Luego

de publicar *Las estrellas son negras*, emigró a París para estudiar Literatura en la Sorbona, con una beca gestionada por el senador chocoano Diego Luis Córdoba. Allí escribió su segunda novela y viajó a Rusia, donde logró su publicación en 1958. Posteriormente, residió en países como Polonia, Alemania y Checoslovaquia, donde trabajó como traductor y diplomático cultural (Bonilla Herrera, 2023).

Me detengo en lo biográfico para detallar los tránsitos de estos escritores en un contexto de limitadas oportunidades para las personas negras y de un centralismo que determina que “cuanto más lejos de los grandes centros culturales se encuentra el autor, tanto más improbable que la obra se promocione, circule y se conozca no sólo fuera del lugar donde se publica, sino también fuera del país” (Prescott, 1996, p. 115). Los movimientos geográficos de Palacios y Velásquez perfilan una ciudadanía cosmopolita, activan zonas de la infraestructura cultural y nos permiten preguntarnos, por ejemplo, por la importancia del Instituto Etnológico de la Universidad del Cauca —en el que se formó Velásquez— para la difusión de los estudios antropológicos en los cincuenta; por la centralidad de Europa en la conciencia racial de Palacios y su consolidación de redes de escritorxs y lectorxs de la diáspora africana; o por el influjo de intelectuales que Palacios conoció en Bogotá, como José María Restrepo Millán, Gabriel García Márquez, Manuel Zapata Olivella o Enrique Buenaventura (Bonilla Herrera, 2023, párr. 2).

Atender a sus movimientos físicos también resalta la importancia de las becas para la movilidad geográfica y social de algunas minorías en el país desde los años veinte (Flórez Bolívar, 2023, p. 147). Asimismo, vale la pena indagar en los ires y venires de lxs escritorxs a su terruño, en este caso, al Chocó. Por ejemplo, el papel de Velásquez como docente en varios colegios de la región, así como sus cargos de director de Educación del departamento y representante suplente a la Cámara (Llanos Vargas y Romero Alfonso, 2016, p. 143), amplía su labor intelectual al fortalecimiento de la educación en su región.

Pero no solo los autores viajan y crean con su trayectoria nuevos mapas de escritura: sus libros también lo hacen. En este segundo vector conviene considerar preguntas como: ¿cuál es la trayectoria editorial de cada título escrito por unx autorx?, es decir, ¿qué informa la reconstrucción de las distintas ediciones de un mismo texto?, ¿cómo las decisiones editoriales de cada título ofrecen pistas sobre el contexto cultural de la época?, ¿qué tipo de textos publicaba y en qué escenarios?, ¿qué actores sociales se involucraron en su publicación y de qué modo? y ¿cómo operan los discursos de raza en la producción o recepción de estas producciones?

El ejercicio metodológico de seleccionar una publicación impresa y estudiar cronológicamente sus múltiples materializaciones arroja luces sobre la infraestructura cultural que ha determinado su circulación. Este enfoque permite, por una parte, evaluar si existen —como en el caso de Obeso o Nieto Gil— grandes saltos entre una primera edición y un acto de patrimonialización de colecciones editoriales estatales, y, por otra, analizar cómo algunas editoriales privadas recibieron manuscritos escritos por personas negras, decidieron publicarlos y qué procesos siguieron para convertir el texto en libro. Es decir, pasar de denunciar el margen a comprender su naturaleza permite, a la vez, explorar qué géneros y estilos de escritura utilizaron estxs intelectuales diaspóricxs para compartir sus descubrimientos y búsquedas. Finalmente, posibilita perfilar la recepción inicial de los títulos y examinar si,

En el caso de la población afrodescendiente, las escenas literarias protagonizadas por libros o lectores resaltan el acto corpóreo y político de la lectura e insisten en formas históricas de resistencia y agencia a través de la letra impresa.

por ejemplo, despertaron algún debate que ilumine la historia de su racialización.

De este espectro de posibilidades sobre el vector de los viajes del libro, me interesa resaltar tres elementos clave. El primero es el de los distintos registros y soportes de escritura en los que publicaron Velásquez y Palacios. En el caso del etnólogo, su movimiento geográfico constante como intelectual hace eco de la diversificación de sus publicaciones, pues escribió en diarios como *El Siglo*, *La República*, *El Colombiano*, *El Mundo al Día*, *El Mármol*, *El Herald*, *Ariel* o *Tierra Nativa* (Rivas Lara, 2022, p. 217); en revistas especializadas de antropología como *Revista Colombiana de Folclore*, *Revista de Folklore*, *Revista Universidad de Antioquia* entre 1957 y 1962, y colaboró para el *Boletín Cultural y Bibliográfico* a inicios de los sesenta.⁷ Esto es importante, en parte, porque demuestra la conciencia de Velásquez sobre su labor como intelectual y como difusor de la cultura negra en el país a través de distintos registros y canales. Así lo expresa en las palabras liminares de su recopilación “Cuentos de la raza negra”: “Toda la agudeza intelectual y punitiva de los desheredados la volcamos sobre el país, para que se dé cuenta de la tragedia de los creadores de estas fantasías y el destino adverso que los cerca” (Velásquez, 1959, p. 177).

Sugiero ver sus múltiples apariciones en diversos formatos —su plural forma de *volcar* la agudeza intelectual del pueblo negro— como parte de un proyecto de divulgación cultural que logró, además, descentrar la

⁷ Entre 1958 y 1963, el *Boletín* publicó artículos de escritores negros, como Helcias Martán, Carlos Arturo Truque, Rogerio Velásquez y Manuel Zapata Olivella.

mirada indigenista de la antropología nacional de los años cuarenta y cincuenta. En cuanto a la diversidad escritural, cabe agregar que Velásquez no fue únicamente “el primer compilador del cuento popular chocoano” (Rivas Lara, 2022, p. 57), sino que en *Memorias del odio* optó por el testimonio, elección que nos invita a pensar en el magnetismo que este género —y, por extensión, el de la biografía etnográfica u otros híbridos— tuvo en los procesos de conciencia política y racialización en la mitad del siglo xx en Latinoamérica.

A su vez, tanto en Colombia como en su trasegar por Europa, Palacios desarrolló sus proyectos de ficción mientras colaboraba con entrevistas, encuestas, crónicas y perfiles en publicaciones como *Sábado* y las *Noticias culturales* del Instituto Caro y Cuervo. Esta diversificación de su escritura está asociada directamente con el hecho de que lxs intelectuales colombianxs en los cuarenta encontraron en la política, la prensa y la burocracia cultural “los terrenos básicos de su formación, actuación y reproducción” (Van der Huck, 2020, p. 182) y que la prensa capitalina y de otros centros urbanos fue, desde los veinte, un vehículo usual de reflexión para autorxs negrxs y mulatxs (Flórez Bolívar, 2023, p. 229-30).⁸

Otras conclusiones emergen tras observar detenidamente las trayectorias editoriales de los tres títulos que seleccioné para este artículo (ver figuras 1, 2 y 3).

Fuente: elaboración propia



Figura 1. *Las memorias del odio*, Rogerio Velásquez Murillo

⁸ Queda pendiente indagar si estas publicaciones fueron o no remuneradas.

Lo que primero salta a la vista es que un texto híbrido tan rico e interesante como *Memorias del odio* ha transitado por completo desde una editorial privada, Iqueima, a finales de los cuarenta, hasta una edición estatal en los noventa y, finalmente, una edición universitaria recientemente. A propósito de esta obra sobre Manuel Saturio Valencia, el último hombre negro legalmente ejecutado en Colombia, conviene insistir en la potencia de seguir estudiándola no solo porque él fue un intelectual diaspórico, sino porque varixs escritorxs afrocolombianxs lo han usado en sus producciones de ficción y no ficción.⁹

Estas líneas de tiempo también permiten concluir que Bogotá ha sido el epicentro casi exclusivo de la edición de estos títulos, incluso en el presente, y que, como en la gran mayoría de los casos, el Estado editor ha patrimonializado estos escritos al incluirlos en sus colecciones regionales o nacionales y al rendirles homenajes, como el de 1998 o la declaración de 2024 como el Año Arnoldo Palacios.

Fuente: elaboración propia



Figura 2. *Las estrellas son negras*, Arnoldo Palacios Mosquera

Un ejemplo de una gesta editorial en sí misma fue la creación de la *Biblioteca del Darién* y sus siete títulos, financiados por Colcultura entre 1992 y 1993. Cuando conversé con el gestor y editor de esta colección, Alfonso Carvajal, fueron evidentes para mí: i) la influencia de los proyectos estatales de México en la inspiración de esta empresa editorial; ii) la ausencia previa de esfuerzos estatales o privados por visibilizar y difundir las producciones escritas por autores chocoanos; iii) la importancia de las

⁹ Las escenas de lectura en torno a Manuel Saturio Valencia, a quien se suele representar como un “lector loco” o un ávido estudioso, son de interés para esta investigación.

redes que Carvajal fue construyendo con autores, familiares de escritores difuntos, lectores y pintores para adquirir los manuscritos y convertirlos en libros; iv) la riqueza geográfica, estilística y temática de los títulos editados; y v) mirada desde el presente, la grave ausencia de mujeres en la colección (comunicación personal, junio de 2025). Así, mirar con detenimiento las colecciones regionales en el país durante el siglo xx —incluso cuando se imprimieron en la capital— permite reconocer las pugnas y las batallas que, en términos de impresos, gestaron las regiones para narrar su propia tradición literaria y difundir sus propios cánones situados (Observatorio Editorial Colombiano, 2024).

También es interesante señalar las aventuras editoriales de *Las estrellas son negras* y *La selva y la lluvia*, en especial, cómo su publicación estuvo atravesada por la participación de Palacios en una red internacional de intelectuales y artistas negros o de izquierda. Una primera versión de *Las estrellas son negras* (1949) sucumbió en las llamas del Bogotazo en 1948. El propio autor cuenta:

Siempre dejaba todo junto y en uno de los edificios de la Avenida Jiménez, en donde yo escribía, un incendio acabó con el libro. Y yo, aprovechando el toque de queda —no se podía salir por la noche—, y deseoso de que el libro existiera como yo lo había querido, me puse a reconstruirlo y, en realidad, lo hice en tres semanas, porque si no lo hacía inmediatamente no hubiera podido existir (Palacios, 2022, p. 268).

Palacios llevó el fruto de su encierro al editor y exiliado español Clemente Airó, quien publicó entre 200 y 300 copias de la novela, con una portada del pintor comunista Alipio Jaramillo. Esta editorial, hermanada con la *Revista Espiral de Artes y Letras*, tuvo un éxito importante entre 1949 y 1953 con la publicación de obras literarias en un contexto de capitalismo editorial incipiente (Prieto Mejía, 2016, pp. 51-70; Pérez Álvarez, 2023, pp. 218-223). Entonces, es preciso insistir en la importancia de Iqueima para visibilizar voces de autores negros a mediados del siglo xx, en la medida en que, como afirma Ana María Agudelo-Ochoa (2019), la editorial hizo una apuesta moderna por la literatura nacional y fue central en la constitución del “sistema literario colombiano del siglo xx” (p. 136). De hecho, como anota Prescott (1996), “las primeras obras de varios autores afro-colombianos aparecidos a partir de la década de los cuarenta [Zapata Olivella, Palacios, Caicedo, Truque, Salazar Valdés, Darío o Velásquez] fueron impresas en la Editorial Iqueima” (p. 116).

Fuente: elaboración propia

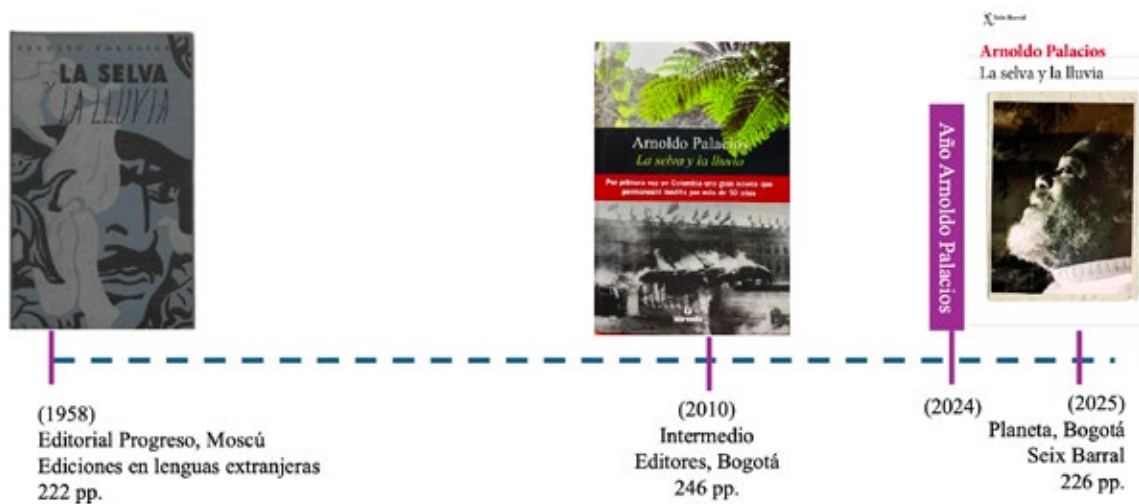


Figura 3. *La selva y la lluvia*, Arnoldo Palacios Mosquera

Por su parte, *La selva y la lluvia* se editó en plena Guerra Fría. Según Enrique Santos Molano, la novela “no encontró eco en Colombia para publicarla, ni en ninguno de los países occidentales, no sólo por estar fichado [Palacios] como un peligroso agente del comunismo internacional, sino porque la novela en sí traía material bastante inflamable” (citado en Palacios, 2010b, 16). Fue en Moscú, con Ediciones en Lenguas Extranjeras,¹⁰ donde pudo publicarla. Gracias también a la vibrante red global de intelectuales negrxs a la que perteneció —cuando formó parte de la Sociedad Africana de Cultura—, Palacios participó en la revista panafricanista *Présence Africaine*, publicada en París desde 1947, y asistió al Segundo Congreso de Escritores y Artistas Negros, en 1959. Como lo revela Rosa Chamorro, la revista *Présence Africaine* publicó traducido al francés, en 1955, el primer capítulo de *La selva*, tres años antes de que encontrara editorial en la URSS. Palacios es “el primer representante de los escritores latinoamericanos de habla hispana en formar parte de este proyecto literario, cultural y político que influyó profundamente en los acontecimientos verdaderamente revolucionarios que se sucedieron desde la mitad del siglo xx” (Chamorro, 2025, párr. 14).

¹⁰ Fundada en 1931 como la “Editorial de los Trabajadores Extranjeros en la URSS”, y renombrada en 1963 como “Editorial Progreso”, esta editorial moscovita tenía como objetivo la divulgación internacional de la historia rusa y de textos soviéticos alineados con el marxismo-leninismo. Fue, de algún modo, una máquina política de traducción que diseñó volúmenes en árabe, francés, español e inglés, y estableció redes de traducción y lectura entre España, América Latina y la URSS (Tebeosfera, s. f.).

Un tercer y último elemento sobre las gestas de los libros corresponde a las distintas narrativas producidas en torno a la raza presentes en las obras de estos autores.¹¹ Señalo brevemente dos ejemplos: el primero es el artículo “Un admirable esfuerzo. Arnoldo Palacios”, que Álvaro Monroy publicó en *Cromos* el 28 de mayo de 1949; el segundo es una ilustración perteneciente a la segunda edición de *Las estrellas son negras* (1971). La nota de Monroy, ubicada a la izquierda de la figura 4, presenta a Palacios como un “caso de superación humana”, al tiempo que promueve la lectura de su reciente novela *Las estrellas son negras*:

Palacios comenzó su carrera de periodista y de escritor cuando su profesor Restrepo Millán lo empujó; y el maestro personalmente llevó a *Sábado* su primer escrito, que causó sensación y asombro; siguió por ese camino, e intentó escribir para los suplementos literarios de los periódicos, pero las puertas no cedieron; prefirió entonces hacer una obra, escribir una novela [...] Continúa por el ancho camino que desbrozó su constancia, con su esfuerzo, y llegará hasta donde se propone porque no obstante su invalidez, camina sin descanso, infatigablemente, con la mirada fija en el porvenir [...] (Monroy, 1949, p. 38).

Me interesa cómo esta nota retoma el tropo de la lucha, de la gesta, para evidenciar el racismo estructural del ámbito cultural colombiano y la entereza de Palacios para producir literatura. Por su parte, encuentro en la imagen a la derecha de la figura 4 —la página que antecede al inicio de la edición de 1971 de *Las estrellas son negras*— una decisión editorial que buscaba localizar racialmente al autor. Este dibujo, realizado por Gloria Franco, sobre quien no he hallado información, funde en una sola composición al autor y su obra, al ilustrar a un Palacios con elementos simbólicos de la cultura afro de los años setenta sosteniendo y rodeado de estrellas negras mientras mira al potencial lector de su novela. Estos elementos extratextuales o paratextuales indican cómo autorxs afrodescendientes se racializan en lo impreso y, a la vez, cómo su lectorado usa la categoría de la raza para relacionarse con ellos. Esta dimensión arrastra complejidades que la historia del libro no puede eludir.

¹¹ En este criterio se incluyen las instancias en que autorxs negrxs escriben editoriales, artículos o entrevistas en las que critican el racismo presente en su vida como escritorxs. Estas evidencias formarían parte de las quejas que lxs autorxs expresaban sobre su oficio en los cuarenta, analizadas por Felipe Van der Huck (2020); usaban las plataformas de la prensa y revistas culturales para denunciar la indiferencia del lectorado hacia producciones nacionales, la falta de estímulos oficiales y de legislación que protegiera sus obras, así como el desdén de algunas librerías hacia el libro nacional (pp. 92-100). Sin embargo, las quejas de autorxs negrxs merecen una mirada interseccional, que permita tipificar sus dificultades y las formas en que las expresaban.

Fuente: Revista *Cromos*, 28 de mayo de 1949, p. 6 (izquierda) e ilustración previa al primer capítulo de la novela *Las estrellas son negras*, Populibrio, 1971 (derecha)



Figura 4. Gestos editoriales sobre Arnoldo Palacios

Así, atender a las gestas de la escritura y de la edición implica preguntarse de qué modos viajan lxs autorxs negrxs, qué dejan y qué encuentran en sus distintas paradas, cómo construyen redes o se insertan en las existentes, y con qué materiales intelectuales contribuyen a su fortalecimiento. Revisar estas “arquitecturas de la circulación de bienes e ideas” (Larkin, 2013, p. 328), iluminará la historia de su profesionalización y de la diversificación de su escritura, al tiempo que revela los proyectos editoriales que lxs incorporaron y la forma en que estos fueron recibidos.

Gestos: movimientos efímeros para escribir y editar

Entiendo los gestos en la escritura y en la edición de autorxs negrxs y mulatxs como aquellos esfuerzos o movimientos que, aunque fugaces, ofrecen destellos fulgurantes para reconstruir la historia de sus proyectos escriturales. En mi estudio de autorxs negrxs, he encontrado dos tipos

de gestos —que, sin duda, podrán ampliarse al estudiar más creadorxs diaspóricxs que publicaron sus ensayos, colecciones poéticas, novelas o piezas teatrales entre 1940 y 1960—: por una parte, reconozco pequeñas acciones que aparecen en el archivo y permiten intuir una intención de reconocerse como escritorxs racializados, de apoyar o nombrar a otrxs escritorxs de su raza o de continuar proyectos de escritura, aunque no lo hayan podido lograr; por otra, sugiero incluir las escenas de lectura y escritura —o de no lectura, de ironías alrededor del acto de escribir— que figuren en los textos literarios, producciones pictóricas u otros objetos culturales de la época, como potentes piezas de archivo que aportan a una historia afrocentrada de lo impreso.

Pienso en *gestos* inspirada en Candelario Obeso, quien, en la dedicatoria de sus *Cantos populares de mi tierra*, afirmó:

[s]i los resultados correspondieren á mis esperanzas, luego publicaré una Coleccion completa i mui variada de este mismo jénero, con variantes notables en la forma i la idea pues que aquí me he limitado en lo jeneral al modo de expresión vulgar i las costumbres del pueblo de Bolívar, que no a los correspondientes de Panamá i Magdalena (Obeso, 1877, pp. 3-4).

Así, nos promete, ciudad letrada mediante, una colección poética regional que involucraba Bolívar, Panamá y Magdalena, las provincias que conformaban el Estado del Atlántico. Su proyecto nunca se ejecutó: quedó en gesto, pero no por eso es menos destacable. Muestra, por un lado, la intención de Obeso de ampliar su ejercicio poético-etnográfico, mientras produjo folletos literarios, traducciones poéticas, obras de teatro en verso, artículos de periódicos y traducciones de obras no literarias (Prescott, 1993, pp. 207-209); y, por otro, señala las barreras de dicha ciudad letrada que impidió con olvido, desinterés y desdén que ese ocurriera (McGraw, 2014).

Ahora, al revisar la trayectoria editorial de Rogerio Velásquez, encuentro otro gesto que emerge de la primera edición de *Las memorias del odio*, realizada por Ediciones Alianza de Escritores Colombianos en 1953 e impresa por Iqueima. Según Prescott (2000), como líder del colectivo Alianza de Escritores Colombianos, fue Manuel Zapata Olivella quien apoyó la publicación de este título en esa nueva editorial. A la fecha, no he registrado otros títulos de dicha editorial, lo que caracterizaría esta primera edición como un gesto fugaz, pero potente, por enmarcar la producción de Velásquez en un cuerpo social de escritores. Detenernos en este chispazo editorial, un catálogo de un solo título, no solo permite observar la faceta de Manuel Zapata Olivella como editor o promotor

literario —que luego se expandiría con su papel en *Letras nacionales* (1965-1985)—, sino también la diversificación de servicios que la editorial Iqueima prestó a colectivos y organizaciones tanto estatales como privadas. Otro gesto son las menciones que Velásquez hizo de Palacios y viceversa en publicaciones de los cincuenta como *Sábado*. Esto resulta relevante si consideramos, con Mariela Gutiérrez, que por primera vez, entre 1947 y 1986, se observa un aumento de escritorxs negrxs que sitúan en sus relatos personajes también racializados en contextos históricos específicos (citada en Rivas Lara, 2022, p. 165). Estas voluntades políticas —efímeras— de leer y reseñar a autores de su misma raza se conectan con lo que Valderrama Rentería (2019) llama el contrapúblico urbano negro.

Pero no solo estos proyectos no cumplidos, las espaciadas quejas sobre su oficio o las fugaces alianzas entre escritores pueden contarse como gestos. Sugiero que las menciones literarias al mundo de lo impreso —materiales de escritura, personas que leen o no, apariciones de lo letrado— también conformen el corpus que estudia una historia del libro. Aunque el libro como objeto es la principal herramienta de esta disciplina, abrirlo y leerlo —máxime cuando se trata del despliegue escritural que unx autorx racializadx decide ensamblar para su lectorado— ofrece pistas sobre el lugar de los impresos en su universo social. Como afirman Karen Attar y Andrew Nash (2024), los encuentros ficcionales con libros implican más que solo la representación del acto de leer: muestran cómo se ha significado lo literario en sus dimensiones material, ideológica, sociopolítica y económica. En el caso de la población afrodescendiente, las escenas literarias protagonizadas por libros

o lectorxs resaltan el acto corpóreo y político de la lectura e insisten en formas históricas de resistencia y agencia a través de la letra impresa. Situados en la ficción, los objetos, los espacios y las dinámicas sociales en torno al libro y la alfabetización iluminan un campo aún inexistente: la historia intelectual de la lectura entre comunidades negras en Colombia.

La selva y la lluvia, por ejemplo, abunda en estas menciones: encontramos personajes que no saben leer, uno que se ofrece como sirviente del maestro de la escuela para aprender a hacerlo, mimeógrafos, mujeres lectoras de revistas soviéticas, hojas comunistas leídas y libros que se prestan. Incluso, como lo mostraré, cuerpos que la lectura modifica.

He defendido que los movimientos de lxs autorxs afrocolombianxs y sus libros —en contravía del estereotipo de pereza y marasmo asociado a la diáspora africana— deben incorporarse como evidencia en el estudio de las luchas y manifestaciones intelectuales negras en Colombia

La novela inicia en un rancho indeterminado del Chocó, donde el compa Gaspar vive con su esposa y tres hijos. Desde las primeras páginas reflexiona: “En la familia e nojótro, narie, lo que ñama narie, sabe jilmá su nombre... Lo pueren mandá a uno con la sentencia en la mano, y no se pelcata é lo que rice el papé...” (Palacios, 2010b, p. 26). En contraste con esas generaciones analfabetas, aparece Pedro José, quien solo es feliz cuando abre la citología que compró en el pueblo. Huye de su trabajo en la mina para practicar las letras en un tronco —garabatos ilegibles para su padre, quien lo castiga con violencia al verlos— (pp. 30-32). Este joven continúa huyendo: viaja a Quibdó para ser bachiller. Allí:

[p]or primera vez, Pedro José se sintió faz a faz, conscientemente, con la literatura [...] él empezaba a penetrar en algo más que en la mera sonoridad de las palabras de una poesía. Esos versos le dejaron una sensación de descarga de una preñez insospechada, de un vago sentimiento de plenitud (Palacios, 2010b, pp. 83-84).

En su despertar, conoce a José del C. Valencia, un aplicado estudiante sobre el que

se chuchoteaba que le dolían los ojos del mucho leer. Se había familiarizado tanto con los libros, que el hombro derecho se le había subido a la fuerza de portarlos bajo el brazo; actualmente, aun sin llevar una mera hoja de papel, su andar denotaba la impresión de que él cargaba un texto apretado en las axilas. «Ese tipo irá lejos», comentaba el vulgo, con respeto (Palacios, 2010b, p. 86).

Esta cita muestra el poder transformador de la lectura, que va del cuerpo a la mente y a las posibilidades sociales que abre el acto de ser un lector negro.

Estos fragmentos exhiben distintas aristas sobre la lectura. Por una parte, señalan cómo el deseo de saber leer distancia al personaje principal de su familia; por otra, muestran que su anhelo de alfabetizarse —de no quedarse ‘en el barro’, según él mismo— mantiene viva la esperanza de un ascenso social lejos de su lugar natal;¹² finalmente, notamos cómo la formación política de Pedro en Bogotá ocurre a través de la observación, la conversación con otros y la lectura. Los libros proveen sosiego, formación política y motivación para la escritura, que también se convierte en un espacio identitario dentro de una sociedad desencantada y racista.

¹² Esta esperanza resuena con las tensiones suscitadas durante la República Liberal, entre la importancia de la educación y la pobreza de las mayorías, entre la invitación al autodidactismo o a la formación ofrecida por el Estado y la precariedad de los más pobres.

Cabe preguntarse cómo las gestas de lxs autorxs y sus desplazamientos geográficos permean las experiencias de lectura de sus personajes, así como la percepción de la futilidad o la potencia de la lectura literaria y de los códigos letrados. En efecto, la lectura se halla en un conflicto perpetuo: ser el medio que abre el acceso a un conocimiento potente e iluminador, pero también el instrumento que vilipendia a los sujetos negros mediante la exclusión, la legislación y la explotación.

Con mi propuesta de llamar *gestos* a aquellos retazos que, por menudos, pueden escapar a la atención de quien investiga la historia de lo impreso en Colombia, sugiero atender a intentos no logrados de continuar la producción escritural o de articular, a veces sin éxito, una red de escritorxs. Por otro lado, entender como gestos las escenas de lectura amplía nuestro espectro de preguntas para construir una historia diásporica de lo impreso en el país.

Cierre

Para 1951, el 42.5 % de la población colombiana no sabía leer ni escribir (DANE, 1951). Esta fue también una época de transición: del capitalismo editorial tardío hacia un primer atisbo de estabilidad, con nuevas oportunidades de profesionalización para escritorxs, editorxs e impresorxs (Marín Colorado, 2017a, p. 5). Entre 1940 y 1960, tanto el sector privado como el Estado accedieron a más materias primas y tecnología; se fortaleció un mercado lector y comenzó a perfilarse un campo literario autónomo (Marín Colorado, 2017b, pp. 20-22; 87-90). Fue durante esta transición que intelectuales negros como Palacios y Velásquez buscaron publicar sus novelas e investigaciones etnográficas, y desplegaron —ellos y sus redes— gestas y gestos para darles circulación.

En este artículo propuse vectores para estudiar la historia editorial afrocolombiana mediante una revisión tanto de las gestas, o grandes hazañas de autores y libros, como de los gestos, o intervenciones tenues de distintos agentes del ecosistema del libro orientadas a lograr que ciertos textos se lean, comprendan y difundan. Los principales vectores serían: i) los desplazamientos geográficos que realizan quienes escriben y, con ellos, las redes y sistemas de becas, premios, concursos o reconocimientos que estos movimientos despliegan;¹³ ii) las biografías de un título o la revisión de las distintas manifestaciones editoriales de un texto a lo largo del tiempo; iii) los tipos de escritura que lxs autorxs optan por producir;

¹³ En ese criterio sería clave evaluar si el premio literario conlleva una efectiva publicación, pues Prescott (1996) denunció que autores como Francisco Botero, Antonio Zapata Olivella y Rogelio Castillo Candelo ganaron certámenes literarios, pero nunca se les cumplió la oferta de su publicación (p. 117).

iv) las formas gráficas o (para)textuales en que aparece la raza como discurso alrededor de la producción de un impreso; y v) las referencias a la alfabetización, los libros, la lectura o la escritura en los propios textos de intelectuales diaspóricxs. Estos criterios deben adaptarse a nuevas trayectorias, como las de mujeres escritoras. Por ejemplo, estudiar a Teresa Martínez de Varela exige atender a las intersecciones de raza y género al analizar su labor intelectual como docente y periodista.

He defendido que los movimientos de lxs autorxs afrocolombianxs y sus libros —en contravía del estereotipo de pereza y marasmo asociado a la diáspora africana— deben incorporarse como evidencia en el estudio de las luchas y manifestaciones intelectuales negras en Colombia, pues la historia de lo impreso estará incompleta mientras no se reconstruyan los proyectos escriturales de las personas negras. Atender este periodo y reimaginar la infraestructura cultural que les cerró y abrió puertas ofrece nuevas rutas de análisis para la historia editorial del país. A su vez, estos factores permiten observar esta época como un preludio intelectual de los setenta, cuando se intensificó la militancia cultural y política negra en grupos de investigación o culturales, organizaciones académicas y civiles, gestiones judiciales de inclusión y en la producción de más impresos (Caicedo-Ortiz, 2013, pp. 190-212; Valero, 2021, p. 2; Flórez Bolívar, 2023, pp. 310-320). Combinar metodologías de archivo, lectura literaria cercana e historia intelectual permite capturar parte de la historia polifónica e interseccional de lo que ha significado publicar en Colombia como afrodescendiente, e, incluso, capturar un instante en la definición misma de la negritud. ➡♦➡

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agudelo-Ochoa, A. M. (2019). Ediciones Espiral y Editorial Iqueima (1944-1975): una apuesta por la literatura. *Estudios de Literatura Colombiana*, (46), 117-138.
- Attar, K. y Nash, A. (2024). *Books, Readers and Libraries in Fiction*. University of London Press.
- Bonilla Herrera, C. (2023). *Arnoldo Palacios Mosquera*. Banrepcultural - La enciclopedia. https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php?title=Arnoldo_Palacios_Mosquera
- Caicedo-Ortiz, J. A. (2013). *A mano alzada...: memoria escrita de la diáspora intelectual afrocolombiana*. Sentipensar Editores.
- Caicedo-Ortiz, J. A., Valderrama, C. A., y Valencia-Angulo, L. E. (2020). Trayectorias políticas e intelectuales afrocolombianas: perspectivas y metodologías para su estudio. *CS*, (30), 11-16.
- Curcio Altamar, A. (1957). *Evolución de la novela en Colombia*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Chamorro, R. (12 de enero de 2025). Arnoldo Palacios en París y su conexión con Sedar Senghor y los movimientos de liberación africanos. *Chocó 7 días*. <https://choco7dias.com/arnoldo-palacios-en-paris-y-su-conexion-con-sedar-senghor-y-los-movimientos-de-liberacion-africanos/>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (1951) *Censo de población de Colombia 1951. Resumen*. https://biblioteca.dane.gov.co/media/libros/LD_771_1951.PDF.
- Flórez Bolívar, F. J. (2023). *La vanguardia intelectual y política de la nación: historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877-1947*. Editorial Planeta.
- Larkin, B. (2013). The politics and poetics of infrastructure. *Annual review of anthropology* (42), 327-343.
- Llanos Vargas, H. y Romero Alfonso, Ó. (2016). *Memoria recuperada. Instituto Etnológico de la Universidad del Cauca (1946-1960)*. ICANH.
- Lozano, A. D. (29 de marzo de 2025). Teresa, la pionera. *Chocó 7 días*. <https://choco7dias.com/teresa-la-pionera/>
- McGraw, Jason. (2014). *The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship*. The University of North Carolina Press.
- Marín Colorado, P. A. (2017a). *Un momento en la historia de la edición y de la lectura en Colombia (1925-1954)*. Germán Arciniegas y Arturo Zapata: dos editores y sus proyectos. Editorial Universidad del Rosario.
- Marín Colorado, P. A. (2017b). *Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970)*. Editorial La Carreta.
- Mena Abadía, B. (2016). *Discursos sobre un Chocó olvidado. Representaciones sobre raza y región en la prensa chocoana en la primera mitad del siglo xx*. [Tesis de pregrado]. Universidad del Rosario.
- Monroy, Á. (28 de mayo de 1949). Un admirable esfuerzo. *Arnoldo Palacios. Cromos*.
- Morales Osorio, G. (2024). Escalas del libro en Colombia. De las bibliotecas sin muros a una *rara avis* en la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana (1942-52) y la Biblioteca de Autores Colombianos (1952-58). [Tesis doctoral, University of Wisconsin, Madison]. ProQuest Central.
- Muñoz-Rojas, C. (2022). *A Fervent Crusade for the National Soul Cultural Politics in Colombia, 1930-1946*. Lexington Books.
- Obeso, C. (1877). *Cantos populares de mi tierra*. Imprenta de Borda.
- Obeso, C. (1950). *Cantos populares de mi tierra*. Prensas del Ministerio de Educación Nacional, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

- Observatorio Editorial Colombiano (Instituto Caro y Cuervo). (22 de agosto de 2024). *Los gobiernos del libro: un proyecto colaborativo que integra ciencia abierta e investigación en el campo editorial*. <https://oec.caroy-cuervo.gov.co/noticias/los-gobiernos-del-libro>
- Ortiz Cassiani, J. y Valdelamar Sarabia, L. (2010). “La actividad intelectual de Candelario Obeso: entre el reconocimiento y la exotización”. En Obeso, C., *Cantos populares de mi tierra. Secundino el zapatero* (pp. 11-47). MinCultura, Biblioteca de Autores Afrocolombianos, tomo 9.
- Palacios, A. (2010a). *Las estrellas son negras*. MinCultura, Biblioteca de Literatura Afrocolombiana, tomo 2.
- Palacios, A. (2010b). *La selva y la lluvia*. Intermedio editores.
- Palacios, A. (2022). *Cuando yo empezaba*. Isla de libros.
- Pérez Álvarez, S. (2023). *Cultura editorial literaria en Colombia. Una historia de editores y editoriales en el siglo xx*. Editorial Universidad del Rosario, Universidad Autónoma Metropolitana, Pontificia Universidad Javeriana.
- Prescott, L. E. (1985). *Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia*. Instituto Caro y Cuervo.
- Prescott, L. E. (1993). ‘Negro Nací’: Authorship and Voice in Verses Attributed to Candelario Obeso. *Afro-Hispanic Review* 12(1), 3–15.
- Prescott, L. E. (1996). Perfil histórico del autor afrocolombiano: problemas y perspectivas. *Revista América Negra*, (12), 107-133.
- Prescott, L. E. (2000). *Without hatreds or fears: Jorge Artel and the struggle for black literary expression in Colombia*. Wayne State University Press.
- Prescott, L. E. (2016). Contribution to a Bibliography of Afro-Colombian Writers. *Estudios colombianos*, (47), 6-30.
- Prieto Mejía, J. P. (2016). *Espiral: la aventura intelectual de un exiliado español en Colombia (1944-1958)*. [Tesis de Maestría]. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada*. Arca.
- Rivas Lara, C. (2022). *Tres grandes afrocolombianos: Rogerio Velásquez Murillo, Arnoldo Palacios Mosquera, Miguel A. Caicedo Mena*. Universidad del Valle Programa Editorial. Biblioteca Afrocolombiana de las Ciencias Sociales.
- Salgado, J. (2020). Un poco de historia del periodismo en el Chocó. *Serie Memorias Ocasionales*, 1(1), 13-16.
- Silva, R. (2005). *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. La Carreta Editores.
- Tebeosfera. (s. f.). *Editorial Progreso*. https://www.tebeosfera.com/entidades/editorial_progreso.html
- Valderrama Rentería, C. A. (2016). Intelectualidad crítica afrocolombiana: la negredumbre en el pensamiento intelectual de Rogerio Velásquez Murillo. *Nómadas*, (45), 215-227.
- Valderrama Rentería, C. A. (2019). La diferencia cultural negra en Colombia. *Contrapúblicos afrocolombianos*. *CS*, (29), 209-242.
- Valero, S. (2021). Archivos del Primer Congreso de la Cultura Negra de las Américas: debate internacional, tensiones y consensos, *Esclavages & Post-esclavages*, (5), 1-17.
- Van der Huck, F. (2020). *La literatura como oficio. Colombia 1930-1946*. Editorial Universidad ICESI.
- Velásquez, R. (1959). Cuentos de la raza negra. *Revista Colombiana de Folclor* (3).